

ESTRENO DEL AÑO



teatro kumen

TARTUFO PLAY

de Molière

CARMEN S. TRAPIELLO
MIGUEL PEINADO
IVAN SUÁREZ
CRISTINA OGALLA
PAZ VEGA
ROSARIO TABERNA
JORGE ARENAS

TARTUFO PLAY de Molière

<https://smodin.io/es/reproduzca-automaticamente-texto-en-espanol-gratis>

PERSONAJES

Orgón, esposo de Elmira
Madame Pernelle, madre de Orgón
Elmira, mujer de Orgón
Mariana, hija de Orgón y amante de Valerios
Valerio, amante de mariana
Tartufo, falso devoto
Dorina, doncella de Mariana.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

(Entrando por el patio de butacas a paso ligero)

(Mientras se desarrolla esta escena los actores y actrices se deben de vestir, y preparar para hacer la función de Tartufo Play)

ELMIRA.- Vamos que llegamos ya tarde.....

MADAME PERNELLE.- Que le den por el culo al director....no me apures, que me puedo romper la cadera...

ELMIRA.- Pero tenemos que hacer la función, y aún no nos hemos maquillado ni vestido. Y si no hacemos la función, olvídate de cobrar.

MADAME PERNELLE.- ¿Cobrar?...Pero si hace cuatro meses que no nos paga. Y luego llegamos al escenario y todos a voces, gritando, quejándose, pero cuando entra en la sala, se callan como putas.

(Encontrándose con Dorina)

DORINA.- ¡Llegáis tarde, como siempre!

MADAME PERNELLE.- Hablando de putas....Estimada Dorina, sois la última mona, tu papel en esta obra es el de Criada, así que cierra la boca y dedícate a lo tuyo. Deja de dar la lengua y menos a mi espalda.

DORINA.- ... te recuerdo que tengo más líneas de texto que tu, vieja asquerosa....

(Se cruza en su camino Valerio).

(Intentando meter baza)

MARIANA.- Yo creo...

MADAME PERNELLE.- ¡Dios mío! Tú, que finges discreción...pero bien se dice en la compañía que no hay que fiarse del agua mansa, que lleváis una vida paralela, con diferentes encuentros con el director.....

ELMIRA.- Sin embargo.....

MADAME PERNELLE.- Ahhh, creí que no dirías nada. Porque eres una derrochadora, os gusta el Bingo, gastáis todo el dinero en el. Incluso se dice que no nos pagan los jornales porque fuiste tú quien robo la caja hace cuatro meses, con el dinero de todos.

MARIANA.- ¡Alguien sabe donde está Tartufo! No podremos hacer la obra sin él. Es el protagonista.

MADAME PERNELLE.- Tartufo es el único leal de la compañía, deberíais de escucharle más.

(Orgón aparece sin que los demás le vean y hace una señal a Elmira que sale de escena)

VALERIO.- ¡Cómo! Es un hipócrita, le encaja el papel al 100%. Es un tirano. Siempre con que no hay que comer antes de una función, que no se debe de beber alcohol, que debemos de preparar el cuerpo para la función, y él siempre llega tarde y nunca le veo hacer nada de lo que recomienda. Todo lo que se hace en escena lo debe de aprobar el señor Tartufo.

DORINA.- Y luego está su amigo el crítico, que siempre lo pone a él bien y a los demás que estamos en escena con él como un trapo, como comparsas del señor Tartufo.

MADAME PERNELLE.- Todo lo que censura el señor Tartufo y su amigo el crítico, está muy bien censurado, porque pretende hacer de esta compañía la mejor del mundo. El director debería de hacerle más caso

VALERIO.- Pues no tiene razón señora, nadie me va a obligar a decir o hacer lo que esos dos quieren que diga o haga. Me irritan sus comentarios, y sobre el crítico, me gustaría decirlos lo que pienso de él, lo mejor es que lo lean ustedes **(Saca un recorte de prensa y lo da a los demás, que se van asustando con lo que dice según se lo pasan).**

DORINA.- Pero que dice ese papel, por favor leerlo en voz alta, que no he traído hoy los lentes.

VALERIO.- “La novela de este autor es mala a rabiar, no sabe ni conjugar los verbos, lo mejor es que se dedique a otra profesión.

DORINA.- ¡Joder! Y se ha metido a crítico teatral para jodernos la vida a los demás, está lleno de rencor.

DORINA.- Y qué relación tiene Tartufo con él, que parecen hermanos.

ORGON.- (Entrando en la escena) Se comenta que fueron juntos al seminario en Tolosa.

MADAME PERNELLE.- ¿Y tú donde andabas?

ORGÓN.- Pues por aquí entre bambalinas **(Detrás de él sale Elmira vistiéndose)**

MARIANA.- (A Valerio) Hay que tener mal gusto, ¿no crees?

VALERIO.- Es que a mí los calvos, la verdad es que me ponen mucho, chica.

MARIANA.- ¡Calla, Maricón!

VALERIO.- Os importa que ensaye la canción que estoy preparando para el orgullo Gay

TODOS.- Sí.

VALERIO.- Pues me da igual...técnico ponme la música

(MUSICA CANCIÓN MIGUEL BOSE)

(Suenan los móviles de que la función va a comenzar, con el aviso de móviles, todos corren a sus puestos. Comienza la Función)

(Todos se ponen en sus posiciones para representar TARTUFO PLAY con un baile. Los actores se deslizarán por la escena como si fueran patinadores)

ESCENA SEGUNDA

(Orgón y Dorina. Dorina está terminando las labores de colocar la mesa.)

ORGON.- ¡Ah, Dorina, buenos días.

DORINA.- Ahora salía yo y me alegra veros de regreso. Ya me empezaba a preocupar vuestra ausencia.

ORGON.- ¿Me permitís que para disipar inquietudes me informe un tanto de las noticias de la casa?

¿Todo ha marchado bien en estos dos días? ¿Qué hacen por ahí dentro? ¿Cómo están todos?

DORINA.- Anteayer la señora estuvo con fiebre hasta la noche y con un dolor de cabeza irresistible.

ORGON.- ¿Y Tartufo?

DORINA.- ¿Tartufo? Se halla perfectamente. Gordo y saludable, con el cutis fresco y los labios rojos.

ORGON.- ¡Pobre hombre!

DORINA.- Por la noche continuó ella con las nauseas y no pudo probar bocado en la cena. ¡Tan fuerte era aún su dolor de cabeza!

ORGON.- ¿Y Tartufo?

DORINA.- Cenó solo delante de vuestra esposa, y engulló piadosamente dos perdices y la mitad de una pierna de carnero picada.

ORGON.- ¡Pobre hombre!

DORINA.- Ella pasó toda la noche sin poder cerrar los parpados. Le impedía dormir sus sofocos y hubimos de velarla hasta el amanecer.

ORGON.- ¿Y Tartufo?

DORINA.- Poseído de un piadoso sopor al levantarse de la mesa, se metió en seguida en su lecho bien calentito y durmió de un tirón hasta la mañana siguiente.

ORGON.- ¿Pobre hombre!

DORINA.- Al final, convencida vuestra esposa por nuestras razones, consintió en sufrir la sangría y experimento un gran alivio.

ORGON.- ¿Y Tartufo?

DORINA.- Tartufo se tranquilizó, como es natural, y, para fortalecer su espíritu contra los males, se bebió en el almuerzo cuatro grandes tragos de vino, en compensación de la sangre perdida por la señora.

ORGON.- ¡Pobre hombre!

DORINA.- ¡Alto ahí, amo mío! No conocéis a aquél de quién habláis.

ORGON.- ¿Cómo que no lo conozco? Es un hombre que... ¡ah!...un hombre...En fin, es un hombre. El que sigue sus enseñanzas goza de paz intensa y mira a todo el mundo como por encima del hombro. El me ha enseñado a no tomar afecto a nada, ha apartado de mi alma cualquier amistad, y tanto es así que si yo viese morir hermanos, hijos, madre y mujer, me tendría sin cuidado.

DORINA.- ¡Vaya sentimientos humanos, amo mío!

ORGÓN.- ¡Ah, sí supieras como conocí a Tartufo le mostraríais la misma amistad que yo! A diario acudía a la iglesia, con su aire bondadoso, a arrodillarse junto a mi. Atraía las miradas de toda la congregación por el fervor con que elevaba al cielo sus plegarias. Suspiraba con grandes ademanes y besaba humildemente el suelo a cada momento. Cuando yo salía, adelantábase presto para ofrecerme agua bendita en la puerta. Enterado por sus sirvientes, que le imitaba en todo, de quien era aquel hombre y de su inteligencia, le hice obsequios; más él, con gran humildad, quería siempre devolverme una parte. “Es demasiado, decía, es demasiado ya con la mitad; yo no merezco vuestra compasión”. Y cuando me negaba a tomarlo de nuevo, acudía a los pobres y lo repartía entre ellos ante mis ojos. Al final el cielo me impulso a traerle a mi casa y desde entonces todo parece prosperar en ella. Se toma, como ves, gran interés por todo, e incluso dedica una gran atención a mi esposa, para honor mío, indicándome quienes la cortejan y mostrándose cien veces más celoso que yo. No podéis imaginar hasta que punto llega su celo; se acusa de pecado por cualquier bagatela, le escandaliza cualquier menudencia; llevo el otro día a culparse de haber apresado una pulga mientras rezaba y haberla aplastado con excesiva ira.

DORINA.- ¡Pardiez, amo mío, que debéis de haber perdido el seso!, ¿Os burláis de mí con tales dislates? ¿Pretendéis que todas esas necesidades...?

ORGON.- Dorina, esas palabras huelen a libertinaje. Vuestra alma está algo viciada y, como ya os he repetido muchas veces, daréis un mal paso.

DORINA.- Así es como razonan todos vuestros iguales; quieren que todos sean tan ciegos como ellos. Tener buenos ojos es ser libertino y el no reverenciar vanos remilgos es carácter de fe y respeto a las cosas sagradas. Pero, todos vuestros discursos no me amedrentan; sé lo que digo y Dios ve en mi

corazón. A los falsos devotos le ocurre lo que a los bravucones, y como no creo que los verdaderos valientes sean los que armen más ruido, los buenos y auténticos devotos, cuyas huellas merecen ser seguidas, no son tampoco los que hacen más aspavientos. ¿Acaso no sabéis tratarlas a ambas con igual lenguaje y honrar lo mismo a la máscara que al rostro, confundir la apariencia con la realidad, considerar al fantasma igual que a la persona y a la moneda falsa como a la buena? ¡A fe que la mayoría de los hombres están hechos de un modo singular! No se les ve nunca en lo justo; la razón tiene para ellos límites demasiado estrechos, que a menudo traspasan en todo sentido y corrompen con frecuencia la cosa más noble solo por intentar apurarla. Y sea dicho esto de pasada, amo.

ORGON.- Mí querida Dorina. ¿Habéis concluido ya?

DORINA.- Sí (**Se dispone a salir Orgón**) Una palabra más, amo, por favor. Dejemos esta conversación ¿Sabéis que Valerio cuenta con vuestra palabra para ser yerno vuestro?

ORGON.- Sí.

DORINA.- Habíais señalado día para tan grato enlace.

ORGÓN.- Cierto

DORINA.- ¿Por qué, pues, retrasar la ceremonia?

ORGÓN.- No lo sé.

DORINA.- ¿Quizás habéis pensado otra cosa?

ORGON.- Tal vez

DORINA.- ¿Queréis faltar a vuestra palabra?

ORGON.- No digo eso.

DORINA.- Espero que ningún obstáculo os impida cumplir vuestra promesa.

ORGON.- Depende...

DORINA.- ¿Hacen falta tantos cumplidos para decir una palabra? Valerio me ha encargado que os hablara del asunto.

ORGON.- ¡Loado sea el cielo!

DORINA.- Pero, ¿Qué debo decirle?

ORGON.- Lo que os convenga.

DORINA.- Preciso es conocer antes vuestros propósitos.

ORGÓN.- Hacer lo que disponga el Cielo.

DORINA.- Hablemos seriamente. Valerio tiene vuestra palabra, ¿La mantenéis?

ORGÓN.- Adiós. No creo que deba de contestar a una sirvienta.

DORINA.- (**Sola**) Temo una desgracia para el amor de Valerio y debo prevenirle de cuanto sucede.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

(**Orgón, Mariana y Dorina**)

ORGON.- ¡Mariana!

MARIANA.- Padre...

ORGON.- Acercaos; tengo que hablaros reservadamente.

MARIANA (A Orgón, que mira hacia un aposento lateral) ¿Qué miráis?

ORGON.- Miro si hay alguien que pueda oírnos, pues este sitio es propicio para las sorpresas. Ea, veo que estamos bien aquí. Yo, Mariana, siempre he reconocido en vos un carácter tierno y delicado.

MARIANA.- Os agradezco mucho ese amor paterno.

ORGÓN.- Bien dicho, hija mía, y para merecerlo, vuestro único afán debe ser complacerme.

MARIANA.- En ello cifro mi mayor gloria.

ORGON.- Muy bien. ¿Qué te parece a ti, Tartufo, nuestro huésped?

MARIANA.- ¿A mí?

ORGON.- Sí, a vos. Ved bien lo que me respondéis.

MARIANA.- ¡Ay, diré de él lo que queráis!

(**Dorina entra sigilosamente y queda detrás de Orgón sin ser vista**)

ORGON.- Así me gusta oírlos hablar. Decidme, pues, hija mía, que en toda su persona brilla un elevado mérito, que conmueve vuestro corazón y que os sería dulce verle convertido, por mi elección, en vuestro esposo.

MARIANA.- ¿Eh?

ORGÓN.- ¿Qué decís?

MARIANA.- ¿He comprendido mal?

ORGÓN.- ¿Cómo?

MARIANA.- ¿De quién queréis que diga, padre, que conmueve mi corazón y que me sería dulce verle convertido en mi esposo?

ORGÓN.- De Tartufo.

MARIANA.- Os juro, padre mío, que no sucede tal con él. ¿Por qué hacerme decir tal embuste?

ORGÓN.- Mi deseo es que ello sea una verdad y para vos debe ser suficiente que así lo haya yo dispuesto.

MARIANA.- ¿Cómo? ¿Queréis, padre mío...?

ORGÓN.- Sí, hija; pretendo unir con vuestro enlace a Tartufo con mi familia. He decidido que sea vuestro esposo. Y como sobre vuestros deseos yo...**(Viendo a Dorina se interrumpe)** ¿Qué hacéis ahí? Muy fuerte es sin duda, amiga mía, la curiosidad que os impulsa a venir a escuchar.

DORINA.- Realmente no sé si es rumor que proviene de alguna conjetura o de cualquier azar; más se han dado noticias de ese casamiento y lo he considerado pura bagatela.

ORGÓN.- ¿Cómo? ¿Acaso es cosa increíble?

DORINA.- Hasta el punto de que no os doy crédito ni a vos mismo, señor.

ORGÓN.- Yo conozco el medio de hacéroslo creer.

DORINA.- ¡Bah, bah! ¡Nos contáis una regocijante historia!

ORGÓN.- Cuento, precisamente, lo que vais a presenciar pronto.

DORINA.- ¡Pura broma!

ORGÓN.- Lo que digo, hija mía, no es pasatiempo

DORINA.- ¡Vamos! No creáis a vuestro padre. Bromea.

ORGÓN.- Os aseguro...

DORINA.- No se os creará, por mucho que lo digáis.

ORGÓN.- Al fin, mi enojo...

DORINA.- ¡Bien! Os crearemos entonces, y tanto peor para vos. ¡Cómo! ¿Es posible, señor, que con vuestra apariencia de hombre razonable vayáis a ser tan insensato que...?

ORGÓN.- Oídme amiga: os habéis tomado en esta casa algunas libertades que no me agradan.

DORINA.- Hablemos sin enfadarnos, señor, os lo suplico. ¿Queréis, con esa invención, burlaros de la gente? Vuestra hija no puede ser para un hipócrita; tiene otras cosas en que pensar. Por otra parte, ¿en qué os beneficia tal enlace? ¿Por qué, con todo vuestro caudal, elegís un yerno pordiosero?

ORGÓN.- Callad. Si Tartufo nada tiene, sabed que precisamente por eso hay que venerarle. Su miseria es, sin duda, una honrada miseria, que le eleva por encima de las grandezas, ya que, al cabo, se ha dejado privar de sus bienes por su harto escaso afán hacia las riquezas terrenales y su mucha inclinación a las eternas. Más mi socorro podrá facilitarle medios de salir de apuros y recobrar sus bienes, que consisten en propiedades bien estimadas en la comarca. Sabed que, ahí donde lo veis, es un perfecto caballero.

DORINA.- Sí, él así lo dice; y por cierto que tal vanidad no se compagina con la piedad. Quién abraza la inocencia de una santa vida no debe pagarse tanto de su nombre y de su estirpe, pues la humilde manera de proceder del fervor se aviene difícilmente a los alardes de esa ambición. ¿A que ese orgullo?...Más ya veo que este tema os enoja, y así, dejando la nobleza de Tartufo, pasemos a su persona. ¿No sentiréis reparo en entregar a una joven como esta a un hombre como él? ¿Y no pensáis en las inconveniencias ni prevéis los resultados de semejante unión? Sabed que se pone en peligro la virtud de una doncella cuando se contraría su gusto al casarla, y que su honestidad, una vez casada, depende de las cualidades del marido que se le da; aquellos de quienes se habla llevándose los dedos a la frente hacen frecuentemente que sus mujeres sean lo que se ve que son. Es difícil, en fin, guardar fidelidad a cierta clase de maridos hechos según determinado modelo, y quien da a su hija a un hombre al que odia es responsable ante el cielo de las faltas que ella cometa. Meditad, pues, a que peligros vuestro propósito la expone.

ORGÓN.- ¡Vaya, que va esta moza a enseñarme a conocer la vida!

DORINA.- Más os valdría seguir mis consejos.

ORGÓN.- No perdamos tiempo, hija, con estas historias. Yo sé lo que os conviene y soy vuestro padre. Os he prometido a Valerio; más aparte de que se dice que es inclinado a jugar, sospecho que es, además, un tanto libertino, y no veo que frecuente las iglesias.

DORINA.- ¿Queréis que acuda a ellas precisamente a las mismas horas que vos, como los que sólo van para que se les vea?

ORGON.- No he solicitado vuestra opinión sobre esto. En fin; el otro está en muy buenas situación con el cielo, y es esta una riqueza incomparable. Ese casamiento colmará de toda clase de felicidades vuestros deseos. Tartufo os llenará de satisfacciones y cariños y entre ambos viviréis juntos, files en vuestra pasión, como dos tortolillos o dos niños; jamás tendréis la menor disputa y haréis de él todo cuanto queráis.

DORINA.- ¿Ella? Sólo hará de él un completo necio, estad seguro.

ORGON.- ¡Eh! ¿Qué expresiones...?

DORINA.- Digo que tiene facha de serlo, y que sus ascendientes, señor, rebasara toda la virtud que tenga vuestra hija.

ORGON.- Dejad de interrumpirme, callaos, y procurad no meter la nariz donde nadie os llama.

DORINA.- Solo hablo, señor, en vuestro exclusivo interés.

ORGÓN.- No os toméis tanto afán; callaos, si os place..

DORINA.- Si no os estimase...

ORGÓN.- No deseo que me estimen.

DORINA.- Pues yo pienso quereos, señor, a pesar vuestro.

ORGÓN.- ¡Ah!

DORINA.- Aprecio vuestro honor y no puedo consentir verlo expuesto a las burlas de cualquiera.

ORGÓN.- ¡No callareis?

DORINA.- Es cargo de conciencia dejaros realizar semejante alianza.

ORGON.- ¿Callaras de una vez, víbora; callaras, desvergonzada?

DORINA.- ¡Ah! De modo que sois creyente y os encolerizais?

ORGON.- Sí, mi bilis se solivianta con todas esas tonterías, y quiero resueltamente que te calles.

DORINA.- Sea. Más no por callar dejaré de pensar lo mismo.

ORGON.- Piensa cuanto quieras; pero aplica tus afanes a no hablarme de...(A su hija) Lo he meditado todo cuidadosamente.

DORINA.- (Aparte) Me desespera no poder hablar.

ORGÓN.- Sin ser un doncel, Tartufo es de tal modo...

DORINA.- (A parte) Sí, tiene buenos morros.

ORGON.- ...que, aun cuando no simpatizases, por todas sus demás virtudes...

DORINA.- (A parte) ¡Buena suerte la suya! **(Orgón se vuelve hacia Dorina y la escucha cruzado de brazos)** Si yo estuviera en su lugar, a buen seguro que no me casaba a la fuerza, impunemente. Sí; y que no tardaría en hacerle ver a mi marido, que una mujer tiene siempre en su mano la venganza.

ORGON.- (A Dorina) Así, pues, ¿no estáis dispuesta a hacer caso de lo que yo digo?

DORINA.- ¿De qué os quejáis? No hablo.

ORGON.- ¿Qué haces entonces?

DORINA.- Hablo conmigo misma.

ORGON.- (Aparte) Para castigar su gran insolencia hay que propinarle una bofetada **(Se acerca a Dorina, dispuesto a dársela, y continua hablando a su hija, volviéndose hacia Dorina a cada una de sus frases; pero Dorina permanece inmóvil y silenciosa)** Hija mía, debéis acceder a mi proposición y creer que el marido que he sabido elegir para vos **(A Dorina)** ¿Por qué no hablas?

DORINA.- No tengo nada que decir.

ORGON.- Una palabrita más.

DORINA.- Pues que a mí no me gusta

ORGON.- En verdad, ahí te esperaba para...(La amenaza)

DORINA.- ¡Buena necia sería, a fe mía, si hablase!

ORGÓN.- (A Marina) En fin, hija; hay que obedecer y demostrar gran alegría por mi elección.

DORINA.- ¡Bien me burlaría yo de semejante esposo!

ORGON.- (Después de haberle fallado la bofetada que ha pretendido dar a Dorina) Tenéis junto a vos un mal bicho, hija mía, a cuyo lado no podría yo vivir sin pecar. Ahora me siento incapaz de proseguir; sus insolentes interrupciones han enardecido mi ánimo y voy a tomar el aire para serenarme un poco.

ESCENA SEGUNDA

(Mariana y Dorina)

DORINA.- Decíme ¿acaso habéis perdido el habla y he de desempeñar yo vuestro papel? Consentir que os proponga un proyecto descabellado sin rechazarlo con la menor palabra!

MARIANA.- ¡Qué quieres que yo haga contra un padre tan tirano?

DORINA.- Pues cuanto sea preciso para libraros de tal amenaza.

MARIANA.- ¿Y qué es?

DORINA.- Decirle que un corazón no ama por imposición ajena; que os casáis para vos y no para él; que, siendo la interesada en el asunto, es a vos y no a vuestro padre a quien corresponde la elección del marido, y, en fin, que si tan encantador encuentra a su Tartufo, bien puede casarse con él sin el menor impedimento.

MARIANA.- Confieso que un padre tiene sobre nosotros tal dominio que no he hallado fuerza para replicarle nada.

DORINA.- Pero, veamos. Valerio ha dado pasos por vos. ¿Le amáis o no le amáis? Contestadme, os lo ruego.

MARIANA.- ¡Ah, cuán injusta eres con mi amor, Dorina! ¡Hacerme tú esa pregunta! ¿No te he abierto mi corazón cien veces y no sabes hasta donde llega mi pasión por él?

DORINA.- ¿Qué sé yo si el corazón ha hablado por la boca y si amáis verdaderamente a ese amante?

MARIANA.- Me ofendes, Dorina, al dudarlo. Mis verdaderos sentimientos han sabido mostrarse con harta ímpetu.

DORINA.- En fin. ¿Le amáis?

MARIANA.- Con pasión indecible.

DORINA.- Y según las apariencias, ¿él os ama también?

MARIANA.- Así lo creo.

DORINA.- ¡Y los dos deseáis ardientemente veros casados?

MARIANA.- Ciertamente

DORINA.- ¿Cuál es vuestro propósito respecto a ese otro enlace?

MARIANA.- Pues darme muerte si me obliga a casarme.

DORINA.- ¡Buen recurso! Recurso en el cual yo no pensaba. No tenéis mas que morir para salir de apuros. El remedio es, sin duda, prodigioso. ¡Cuánto me sofoca oír semejantes palabras!

MARIANA.- ¡Dios mío, de que humor te pones, Dorina! No te apiadas del sufrimiento ajeno.

DORINA.- No me apiado de quien dice bobadas, y, llegando el caso, cede como vos lo habéis hecho.

MARIANA.- Pero, ¿Qué quieres si soy tímida?

DORINA.- El amor requiere firmeza en los corazones.

MARIANA.- ¿Y no lo conservo ante la pasión de Valerio? ¿No es a él a quien corresponde obtenerme de mi padre?

DORINA.- ¡Cómo! Si vuestro padre es un solemne tozudo, que, enteramente obstinado en su tartufo, se niega a mantener la palabra que había dado, ¿debe culparse a ello a vuestro enamorado?

MARIANA.- Más con una altiva repulsa y unos desdenes ostensibles, ¿no haré ver un corazón enamorado en demasía? ¿No me apartaré del pudor de mi sexo y del débil filial? ¿Y quieres ver mi amor, revelado ante las gentes?

DORINA.- No, no; no quiero nada. Veo que deseáis pertenecer al señor Tartufo y creo que haría mal si os apartara de tal enlace. ¿Por qué razón habría yo de contrariar vuestros deseos? El partido es por si mismo ventajoso. ¡El señor tartufo! ¡Oh, oh! ¿Ahí es nada! Bien mirado todo, el señor Tartufo es hombre que no se chupa el dedo, y no es poca dicha ser su cara mitad. Todos le coronan de gloria; es noble por su casa, apuesto por su persona, tiene las orejas sonrosadas y el cutis muy lozano; viviréis muy contenta con semejante marido.

MARIANA.- ¡Dios mío!

DORINA.- ¡Que placer experimentará vuestra alma cuando seáis mujer de tan apuesto consorte!

MARIANA.- ¡Ah! Rúégote que ceses en semejante discurso y me prestes tu ayuda para oponerme a esa boda. Se acabó; me rindo; estoy presta a hacer lo que sea.

DORINA.- No; que una hija debe obediencia a su padre, así este quisiera darle un mono por marido. ¿De qué os lamentáis, pues? Vuestra suerte es envidiable. El señor Tartufo os llevará en coche a su pueblo, que os parecerá fértil en tios y primos, con lo que os complacerá conversar. Os harán visitar, en primer lugar, las mansiones de la alta sociedad, como la señora alcaldesa y la señora electora, las cuales desde su silla de tijera os harán los honores. Allí, durante el carnaval, podréis asistir al baile y escuchar la gran

orquesta, es decir, un par de Dulzainas y a veces a Fagotín, el mono y las marionetas; si acaso vuestro marido...

MARIANA.- ¡Ah, me matas! Piensa, más bien, en ayudarme con tus consejos.

DORINA.- Soy vuestra servidora, pero...

MARIANA.- ¡Dorina, por favor!

DORINA.- Es necesario que este matrimonio se realice, para vuestro castigo

MARIANA.- ¡Pobre de mí!

DORINA.- No.

MARIANA.- Pero si mis declarados deseos...

DORINA.- Nada. Tartufo es vuestro hombre, y ya le catareis.

MARIANA.- Sabes bien que siempre he confiado en ti. Hazme...

DORINA.- No. A fe que seréis tartuficada.

MARIANA.- Pues bien; ya que no basta a conmoverte mi desgracia, déjame ahora ya entregada por entero a mi desesperación; a ello mi corazón pedirá ayuda. Al fin y al cabo, ya se el remedio infalible para mis males.

DORINA.- (Viendo que Mariana hace ademán de salir) ¡Eh, espera! ¡Volved aquí! Depongo mi enojo. Pese a todo hay que compadeceros.

MARIANA.- Como ves, si me obligan a ese cruel martirio, te aseguro, Dorina que me costara la vida.

DORINA.- No os atormentéis. Se puede hábilmente impedir...Más aquí llega Valerio, vuestro enamorado.

ESCENA TERCERA

(Mariana, Dorina y Valerio)

VALERIO.- Acaban de darme, señora, una noticia que ignoraba, y que en verdad es curiosa.

MARIANA.- ¿Cual?

VALERIO.- Que os casáis con Tartufo.

MARIANA.- Ciertamente. Está decidido por ese enlace.

VALERIO.- Vuestro padre, señora....

MARIANA.- Ha cambiado de opinión: acaba de proponérmelo.

VALERIO.- ¡Cómo! ¿De veras?

MARIANA.- Ciertamente. Está decidido por ese enlace.

VALERIO.- ¿Y cuál es el deseo de vuestro corazón, señora?

MARIANA.- No lo se.

VALERIO.- Bonita contestación. ¿No lo sabéis?

MARIANA.- No

VALERIO.- ¿No?

MARIANA.- ¿Qué me aconsejáis?

VALERIO.- Os aconsejo que os caséis con ese hombre.

MARIANA.- ¿Me lo aconsejáis?

VALERIO.- Sí.

MARIANA.- ¿De verdad?

VALERIO.- Sin duda. La elección es admirable y merece que se le aproveche.

MARIANA.- Bien, señor; seguiré ese consejo.

VALERIO.- No creo que os cueste mucho trabajo seguirlo.

MARIANA.- Tanto cuanto haya sufrido vuestra alma al darlo.

VALERIO.- Lo he dado por complaceros, señora.

MARIANA.- Y yo lo seguiré por satisfaceros.

DORINA.- (Al público) Veamos que resulta de todo esto.

VALERIO.- ¿Es así como se ama? Y era falso entonces cuanto vos...

MARIANA.- No hablemos de ello, os lo ruego. Me habéis dicho francamente que acepte al que quieren darme por esposo, y yo afirmo que tal haré, ya que tan saludable consejo me dais.

VALERIO.- No os excuséis con mis intenciones, que ya habíais vos tomado vuestra decisión y ahora os cogéis a un débil pretexto para autorizaros a faltar a vuestra palabra.

MARIANA.- Es cierto; decís bien.

VALERIO.- Sin duda; y vuestro corazón jamás ha sentido verdadera inclinación por mí.

MARIANA.- ¿Os permitís, vos ese pensamiento?

VALERIO.- Sí, me lo permito; más mi alma ofendida se os adelantará, tal vez, con propósito análogo, que es adónde colocar mis anhelos y mi mano.

MARIANA.- No lo dudo, pues el resplandor que provoca el mérito....

VALERIO.- ¡Por Dios! Dejémonos de mérito; sin duda tengo muy poco, según vos dais fe de ello. Más confío en las bondades que otra tenga para mí, y sé de alguna cuya alma consentirá, sin avergonzarse, en mitigar mi desengaño.

MARIANA.- La pérdida no es grande, y os consolareis de tal desengaño con facilidad....

VALERIO.- Haré lo posible...Porque un corazón que nos olvida empeña nuestro orgullo, y es preciso poner todo el interés en olvidarlo. Y aunque no lo logremos, hay que simular, al menos, porque es imperdonable cobardía sentir amor por quien nos abandona.

MARIANA.- Ese sentimiento es, sin duda, noble y elevado.

VALERIO.- Mucho, y todos deben aprobarlo. ¡Cómo! ¿Pretenderíais que conservase por vos, para siempre, en mi alma los ardores de mi llama y os viera caer en otros brazos sin poner en otra parte un corazón que se desdeña?

MARIANA.- Al contrario; lo mismo deseo en cuanto a mí, y quisiera que la cosa hubiese sucedido ya.

VALERIO.- ¿Lo quisiérais?

MARIANA.- Sí.

VALERIO.- Harto me habéis insultado, señora. Voy a complaceros al instante (**Adelanta un paso para irse**)

MARIANA.- Muy bien

VALERIO.- (Volviendo) Recordad, al menos, que sois vos quien obligáis a mi corazón a este penoso esfuerzo.

MARIANA.- Sí. (**Se aleja Valerio**)

VALERIO.- Y que sólo a instancia vuestra ha tomado mi alma esta decisión.

MARIANA.- Tanto mejor.

VALERIO.- (Regresando de nuevo) Pensad que es para toda la vida.

MARIANA.- ¡En buena hora!

VALERIO.- (Volviéndose cuando ya iba a salir) ¿Eh?

MARIANA.- ¿Cómo?

VALERIO.- ¿No me llamabais?

MARIANA.- ¿Yo? ¡Soñáis!

VALERIO.- Entonces, me marchó. Adiós, señora (**Se va lentamente**)

MARIANA.- Adiós señor.

DORINA.- (A Mariana) Paréceme que habéis perdido la cabeza con esa extravagancia, y os he dejado querellar por tanto rato para ver en qué paraba la cosa. ¡Hola, señor Valerio! (**Detiene a Valerio por el brazo**)

VALERIO.- (Fingiéndose resistirse) ¿Qué quieres, Dorina?

DORINA.- Venid acá.

VALERIO.- No, no; me domina el despecho. No me desvíes de lo que ella ha querido.

DORINA.- Aguardad.

VALERIO.- ¡Es inútil! Es cosa decidida. ¿Entiendes?

DORINA.- ¡Oh!

MARIANA.- (Al público) Sufre viéndome; haré mejor en irme de aquí.

DORINA.- (Dejando a Valerio y corriendo detrás de Mariana) ¡Ahora la otra! ¿A dónde vais!

MARIANA.- Dejadme.

DORINA.- Volved.

MARIANA.- No, no, Dorina; es inútil intentar retenerme.

VALERIO.- (Aparte) Veo que mi presencia es para ella un tormento, y será preferible que me vaya.

DORINA.- (Dejando a Mariana y corriendo tras Valerio) ¡Otra vez! ¡Que el diablo os lleve si os dejo! Cesad este juego y venid aquí los dos (**Toma a Mariana y Valerio de las manos y los trae al proscenio**)

VALERIO (A Dorina) ¿Qué te propones?

MARIANA.- (A Dorina) ¿Qué tratas de hacer?

DORINA.- Reconciliaros y sacaros de este apuro (**A Valerio**) ¿Estáis loco para sostener semejante altercado?

VALERIO.- ¿No has oído como me hablo?

DORINA.- (A Mariana) ¡Estáis loca enojándoos así!

MARIANA.- ¿No has visto lo sucedido y cómo me ha tratado?

DORINA.- (A Valerio) A fe mía que sois los dos bastante tontos. Ella no tiene más afán que mantenerse vuestra, lo atestiguo **(A Mariana)** El no tiene más deseo que ser vuestro esposo, respondo de ello con mi vida.

MARIANA.- (A Valerio) ¿Por qué me aconsejasteis eso?

VALERIO.- (A Mariana) ¿Por qué me consultasteis sobre semejante cosa?

DORINA.- Estáis locos los dos. Vengan vuestras manos ¡Ea!

VALERIO (Dando su mano a Dorina) ¿Mi mano? ¿Para qué?

DORINA.- (A Mariana) ¡Así! Ahora, vos.

MARIANA.- (Dándole también su mano) ¿De qué sirve todo esto?

DORINA.- ¡Por Dios! Acercaros. Ambos os amáis más de lo que os parece **(Valerio y Mariana permanecen un momento cogidos de la mano, sin mirarse)**

VALERIO.- (Volviéndose hacia Mariana) Más no hagáis las cosas a disgusto y al menos mirad a la gente sin rencor **(Mariana se vuelve hacia Valerio y sonríe)**

DORINA.- ¡A decir verdad, son muy locos los enamorados! **(Al público)**

VALERIO.- (A Mariana) ¡Vaya! ¿No tengo razón, querido público en quejarme de ella? Y, con sinceridad, ¿No es diabólico, querido público que sienta placer diciéndome cosas desagradables?

MARIANA.- ¿Y vos? No es el más ingrato, querido público, de los hombres?

DORINA.- Dejad ese debate para otra ocasión. Y por favor dejar al público que disfrute del espectáculo. Ahora pensemos en el matrimonio.

MARIANA.- Dinos, pues, qué hay que hacer para ello.

DORINA.- Deberemos emplear todos los medios **(A Mariana)** Vuestro padre se chancea **(A Valerio)** Y esas son historias **(A Mariana)** Pero, por vuestra parte, es preferible que finjáis un dulce consentimiento a su extravagancia, de manera que, en caso necesario, os sea más fácil diferir ese proyectado enlace.

Ganando tiempo se remedia todo. Ahora sufriréis cualquier dolencia que se os presentará repentinamente; Ahora tendréis malos presagios, como la aparición enojosa de un político que os quiere quitar la jubilación, la rotura de un espejo o soñar que te toca la lotería y pierdes el decimo. Lo esencial, en fin, es que no os puedan casar con nadie mientras no deis el sí. Más, para triunfar mejor, creo conveniente que no os vean hablando juntos **(A Valerio)** Iros, y sin tardanza; y valeos de vuestros amigos para que se cumpla cuanto prometieron. Vamos a solicitar la ayuda de todos ustedes (El público) y poner de nuestra parte a la esposa del señor Orgón. Adiós.

VALERIO.- (A Mariana) Sean cuales fuesen los esfuerzos que preparemos todos, mi mayor esperanza, en verdad, reside en vos.

MARIANA.- (A Valerio) No puedo responderos de la voluntad de un padre; más solo seré de Valerio.

VALERIO.- ¡Me colmas de gozo! Y si alguien osare...

DORINA.- ¡Ah!, los enamorados no se cansan nunca de charlar. Marchad, os digo.

VALERIO (Volviéndose) En fin....

DORINA.- ¡Qué pico el vuestro! Salid por este lado y vos por este otro **(Les empuja por la espalda obligándoles a separarse)**

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

(Dorina, Elmira y Tartufo)

(Dorina sola con el público)

DORINA.- Tengo que hacer una sonada. Lo que es cierto, es que el amo solo se ha limitado a hablar. Tengo que hacer cesar los manejos de Tartufo y que le diga unas palabras al oído. ¡Calma, calma! Dorina. Tengo que obrar sobre la señora de mi amo, madrastra de Mariana, ella ejerce cierta influencia sobre Tartufo. Es una de sus debilidades.....ya me entendéis, querido público **(Insinúa que a Tartufo le pierden las mujeres)** El criado de Tartufo dijo que su señor estaba orando y no me ha sido posible verle; más ese mismo sirviente ha dicho también que iba a bajar. Le voy a esperar aquí sentada.....**(Música. Dorina se va desesperando en la espera. De repente)** ¡Ahhhh, aquí llega!

(Entra Tartufo hablando en voz alta a su criado, que está en la casa, en cuanto ve a Dorina, sonrío pícaramente)

TARTUFO.- Guardad Lorenzo, el cilicio con mis disciplinas y pedid al Cielo que os ilumine siempre. Si alguien viniera a buscarme, estoy repartiendo las limosnas entre los presos.

DORINA.- (Al público) ¡Cuánta afectación y cuánta fanfarronería!

TARTUFO.- (A Dorina) ¿Qué queréis?

DORINA.- Deciros...

TARTUFO.- (Sacando un pañuelo del bolsillo y colocándoselo tapando sus pechos, a la vez que se los toca) Ahhh, Dios mío! Antes de hablar, tomad este pañuelo, os lo ruego.

DORINA.- ¿Para qué?

TARTUFO.- Para cubriros esos senos, cuya vista no puedo soportar. Se daña a las almas con tales prendas, de modo que despiertan malos pensamientos.

DORINA.- Sois, pues, fácil a las tentaciones, y la carne causa demasiada impresión sobre vuestros sentidos. No comprendo que ardor os arrebatara. Más yo no soy tan pronta a los deseos, y aunque os viera desnudo de arriba a abajo no me tentaría vuestra piel.

TARTUFO.- Sed más comedida en vuestro lenguaje o me marchó ahora mismo.

DORINA.- No, no, soy yo la que os dejaré en paz, pues tengo que deciros tan solo dos palabras. La señora va a descender a esta sala a demandaros la merced de un momento de conversación.

TARTUFO.- (Contando con los dedos) Eso son más de dos palabras, por lo menos son diecisiete, si no me equivoco. Pero si la señora descende a hablar conmigo será de mi agrado.

DORINA.- (Al público) ¡Como se dulcifica! A fe mía que sigo pensando lo de siempre.

TARTUFO.- ¿Va a acudir pronto?

DORINA.- Me parece oírlo. **(Se oye a la señora cantar)** Sí, es ella. Os dejo.

(Entra Elmira)

TARTUFO.- El cielo os conceda, con su infinita bondad salud de alma y de cuerpo y bendiga vuestros días como lo desea el más humilde de aquellos que viven inspirados por el celestial amor.

ELMIRA.- Os agradezco tan piadoso deseo. Pero tomemos una silla para estar mejor.

TARTUFO.- (Sentado) ¿Cómo os sentís de vuestra dolencia?

ELMIRA.- Perfectamente. La fiebre pasó pronto.

TARTUFO.- Aunque mis rezos no tienen el mérito que es menester para haber traído esa gracia de lo alto, digoos que no he hecho al cielo ningún piadoso ruego que no haya tenido por objeto vuestra mejoría.

ELMIRA.- Vuestro fervor se ha interesado en exceso por mí.

TARTUFO.- No podría uno querer excesivamente a vuestra preciada salud y, por restablecerla, gustoso hubiese dado yo la mía.

ELMIRA.- Eso es llevar muy lejos la caridad cristiana. Mucho es lo que os debo por tantas bondades.

TARTUFO.- Hago menos por vos de lo que merecéis.

ELMIRA.- He querido hablaros reservadamente de un asunto y aquí estoy, satisfecha de que nadie pueda espiarnos.

TARTUFO.- A mí también me satisface; que me es muy grato, señora, verme a solas con vos **(Mira a los lados y se acerca)** Esta es una ocasión que he pedido al cielo con insistencia, y no me ha sido concedida hasta hoy.

ELMIRA.- Por mi parte, lo que deseo es una breve plática, en la que abráis vuestro corazón sin ocultarme nada. **(A Dorina se le ve escondida entre las cortinas, escuchando la conversación)**

TARTUFO.- Y yo solo quiero, como favor especial, mostrar ante vuestros ojos mi alma entera, jurándoos que las censuras que he hecho sobre las visitas que vuestros atractivos aquí reciben, no las ha motivado ningún odio hacia vos, sino el celoso arrebato que me arrastra, y el puro impulso que...

ELMIRA.- Así las considero yo también, y creo que por mi salvación os tomáis ese cuidado.

TARTUFO.- (Tomando la mano de Elmira y estrechándole los dedos) Sin duda, señora. Y mi fervor es tal....

ELMIRA.- ¡Ay! Me apretáis demasiado...

TARTUFO.- Es por exceso de celo, no por causaros daño. Antes bien... **(Coloca su mano sobre las rodillas de Elmira)**

ELMIRA.- ¿Qué hace vuestra mano ahí?

TARTUFO.- Tocando vuestro vestido, que es de una tela muy suave.

ELMIRA.- ¡Ah, dejadme, os lo ruego! Soy muy cosquillosa (**Hace retroceder su sillón, y Tartufo se vuelva a acercarse a ella**)

TARTUFO.- (**Tocando la pañoleta de Elmira**) ¡Os!, que punto más prodigioso el de esta labor! En verdad que se trabaja hoy con manos milagrosas; nunca se ha visto nada igual.

ELMIRA.- Cierto. Más hablemos un poco de nuestro asunto. Se afirma que mi marido quiere retractarse de su palabra y casar a su hija con vos. ¿Es cierto?

TARTUFO.- Algo de ello me ha dicho; más en verdad, señora, no es esa la felicidad por la que suspiro. (**Con intención hacia ella**) Es en otra parte donde yo veo los anhelos de la ventura que anhela mi deseo.

ELMIRA.- Es que vos no amáis las cosas terrenales?

TARTUFO.- Mi pecho no encierra un corazón de piedra.

ELMIRA.- Por mi parte, creía que todos vuestros suspiros tienden al Cielo y que nada atrae, aquí abajo, vuestros anhelos.

TARTUFO.- El amor que nos inclina a las cosas eternas no sofoca en nosotros el amor de las temporales; nuestros sentidos pueden ser fácilmente subyugados por las obras perfectas que ha realizado el cielo. Sus encantos se reflejan en vuestras semejantes, más en vos ha colocado él su más bellos prodigios: ha plasmado en vuestros rostros corazones, y no puedo veros, ¡Oh criatura perfecta! Sin admirar en vos al Creador de la Naturaleza y sin sentir mi corazón herido de ardiente amor hacia la más hermosa de las imágenes en que él mismo se ha pintado. Temí al principio que ese secreto ardor fuera una pérvida sorpresa del espíritu del mal y resolví huir de vuestros ojos creyéndolos obstáculo a mi salvación. Pero luego he conocido, ¡Oh idolatrada beldad!, que puede esta pasión no ser culpable y compaginarse con el pudor; y ello me ha llevado a rendiros mi corazón. Es en mí, lo confieso, gran audacia ofrendaros este corazón; más mis anhelos lo esperan todo de vuestra bondad, y nada de los vanos esfuerzos que pueda realizar mi insignificancia. En vos están mi esperanza, mi tranquilidad, mi bien; de vos depende mi alegría o mi tribulación, y por vuestro deseo seré, si queréis, dichoso; desdichado, si así lo decretáis.

ELMIRA.- Vuestra declaración es en extremo galante; más un tanto sorprendente, a decir verdad. Creo que deberíais fortalecer mejor vuestro pecho y razonar un poco sobre semejante designio, porque un devoto como vos, y de quien por doquier se habla.

TARTUFO.- ¡Ah! No porque sea piadoso dejo de ser hombre, y cuando se alcanza a contemplar vuestros celestes encantos el corazón dejase prender en ellos y no razona. Bien sé que tales palabras parecen extrañas en mí; más señora, después de todo, no soy un ángel, y si condenáis la confesión que os hago, a vuestros irresistibles encantos habéis de acusar. Desde que vi brillar vuestro esplendor sobrehumano fuisteis la soberana de mi alma; la dulzura inefable de vuestras miradas divinas forzó la resistencia en que mi corazón se obstinaba; todo lo superó: ayunos, lágrimas y rezos, e hizo que mis anhelos se volvieran hacia vuestros encantos. Mil veces os lo han dicho mis ojos y mis suspiros, más para mejor explicarme empleo la palabra ahora, y os digo que si contempláis con alguna benevolencia las tribulaciones de vuestro indigno siervo, si vuestras bondades acceden a consolarme, yo tendré siempre hacia vos, ¡oh suave maravilla! Un fervor sin posible par. Vuestro honor no corre conmigo el menor riesgo. Todos esos galantes cortesanos que enloquecen a las mujeres ruidosos en sus acciones y vacuos en sus palabras; béseles jactarse sin cesar de sus éxitos; no reciben favores que no divulguen, y su lengua indiscreta, en la cual se confía, deshonor el altar en que su corazón se sacrifica. Más las gentes como yo ardemos en fuego silencioso, con el cual se está siempre seguro del secreto; el cuidado que ponemos en nuestro renombre garantiza de todo a la persona amada, y por ello se encuentra en nosotros, al aceptar nuestro corazón, un amor sin escándalo y un goce apacible.

ELMIRA.- Os oigo hablar, y vuestra retórica se explica ante mí en términos harto claros. ¿No teméis que me acometa el deseo de contar a mi marido ese galante ardor y que el conocimiento de un amor de tal género pueda alterar la amistad que os dedica?

TARTUFO.- Sé que sois demasiado benévola y que disculpais mi temeridad; que disculpais la humana flaqueza de los violentos impulsos de un amor que os ofende, y que tendréis en cuenta, considerando vuestro porte, que uno tiene ojos y que el hombre es de carne.

ELMIRA.- Quizás otras tomasen esto de manera muy distinta; más mi discreción quiere ponerse de manifiesto. No contaré el asunto a mi marido. Pero os pediré, en cambio, que apresuréis vos sin dilación la boda de Valerio con Mariana; que renunciéis vos mismo a la injusta influencia que con el bien ajeno pretende enriquecer vuestra esperanza y....

ESCENA SEGUNDA

(Dorina, sale de donde está escondida. Puede ir pasando de una a otra cortina)

DORINA.- No, señora, no; esto debe manifestarse. Yo estaba en ese lugar y he podido escucharlo todo. Parece la bondad del cielo haberme llevado ahí para confundir el orgullo de un traidor, al que aborrezco, para abrir un camino que me lleve a tomar venganza de la hipocresía e insolencia y que desengañe al señor de esta casa mostrándole a plena luz el alma del malvado que os ha hablado de amor.

ELMIRA.- No, Dorina; basta con que él llegue a enmendarse y trate de merecer la gracia a que me obligo. Pues la he ofrecido, no me desmintáis, que no gusto de promover alborotos. Una mujer debe de reír de tales necedades y no turbar con ellas los oídos de su esposo.

DORINA.- Vos tenéis vuestras razones para obrar de ese modo. Querer perdonar a este hombre es una locura, y la insolencia de su falsa piedad ha triunfado y ha provocado hartos trastornos en esta casa. Menester es persuadirle de su perfidia y el cielo me da para eso un medio fácil. Mucho agradezco a Dios esta ocasión, demasiado propicia para desaprovecharla; tenerla en la mano y no valerse de ella sería merecer que viniesen a quitármela.

ELMIRA.- ¡Dorina...!

DORINA.- Voy sin más a despachar el asunto; y de aquí, justamente, que se me presenta el momento. Aquí llega mi señor...

ELMIRA.- ¡Por favor Dorina ...no lo hagas...!

ESCENA TERCERA

(Entra Orgón)

DORINA.- Vamos a celebrar, señor, vuestra llegada, con un suceso reciente que os sorprenderá en gran manera. Su gran celo por vos acaba de revelarse; llega nada menos, que a provocar vuestra deshonra. Le he sorprendido aquí haciendo a la señora de esta casa, la confesión de un amor culpable. Como ella tiene un carácter dulce, y su ánimo discreto en demasía quería guardarle el secreto a toda costa; más yo no puedo tratar con suavidad un descaro semejante, y entiendo que ocultárselo sería causaros una ofensa.

ELMIRA.- Opino que no se debe de perturbar la tranquilidad de un esposo con una frases banales, porque no puede depender de ellas el honor, y nosotras, la mujeres, nos bastamos para defendernos. Este es mi parecer, y vos Dorina, nada habríais dicho, de ejercer yo poder en esta casa, pero llevais en ella más tiempo que yo misma.

(Elmira sale....y se esconde en las cortinas a escuchar))

ORGÓN.- ¡Oh, cielos! ¿Es posible lo que acabo de oír?

TARTUFO.- Sí, hermano mío; soy malo y culpable, un infortunado pecador cargado de perfidia, el mayor desalmado que nunca se haya visto. Cada instante de mi vida está llena de manchas y ellas no son si no un conjunto de crímenes e inmundicias. Veo, pues, que el cielo, para mi castigo, trata de mortificarme en esta ocasión. Más de cualquier gran culpa de que se quiera acusarme, no tendré el valor de defenderme. Creed cuanto se os dice, armaos de enojo y arrojadme de aquí como a un criminal, porque no podrá recaer sobre mi deshonra suficiente que no haya merecido con creces.

ORGON.- (A Dorina) ¡Ah traidora! ¿Te atreves a empañar con una falsía, la pureza de la virtud de este hombre?

DORINA.- Osará la suavidad fingida de esta alma hipócrita negar...lo que mis oídos han oído...

ORGON.- ¡Calla, alimaña maldita!

TARTUFO.- ¡Ah! Permitidla hablar, pues la acusáis injustamente, y haréis mejor en creer su relato. ¿Por qué os mostráis tan favorables a mí ante la acción semejante? ¿Sabéis acaso de que puedo ser capaz yo? ¿Os fiais hermano de mi apariencia? Ya veo que me creéis mejor de lo que soy; pero no os dejéis engañar por ella. Soy todo jay! Menos lo que se piensa; que todos me tienen por hombre de bien, más lo cierto es que no valgo nada (**Dirigiéndose a Dorina y arrodillándose ante ella**) Sí, mi querida Dorina, hablad; llamadme malvado, infame, pérfido, ladrón, homicida; abrumadme con nombres más odiosos aún, no he de oponerme a ello, pues los merezco. Y de rodillas quiero sufrir esta afrenta, como castigo debido a los crímenes de mi existencia.

ORGÓN.- (A Tartufo) Basta, hermano; es demasiado. ¿Tú corazón no se convence, traidora?

DORINA.- ¿Cómo?

ORGON.- (Ayudando a levantarse a Tartufo) ¡Calla, insolente! Levantaos, por favor, hermano Tartufo!

(A Dorina) ¡Malvada!

DORINA.- ¿Puede...?

ORGÓN.- ¡Silencio!

DORINA.- Me sofoca la rabia. ¡Cómo! Paso....

ORGÓN.- No digas una sola palabra más si no quieres que te eche de mi vida.

TARTUFO.- En el nombre de Dios, hermano, no os encolericéis. Preferiría yo sufrir el mayor de los castigos a que vuestra criada fuera despedida....

ORGÓN.- ¡Ingrata!

TARTUFO.- Dejadla. Si es preciso os pediré su perdón de rodillas. **(Se arrodilla)**

ORGON.- (Cayendo también de rodillas y abrazando a Tartufo. Dorina se ríe) ¡Ay! ¿Os burláis? **(A Dorina)** ¡Admirar su bondad, granuja!

DORINA.- Así, pues...

ORGON.- ¡Silencio!

DORINA.- Yo...

ORGON.- ¡Silencio repito! Sé muy bien el motivo que os obliga a atacarme. Todos le odiáis, y hoy veo desencadenados contra él, mujer hija y criada. Se emplean desvergonzadamente toda clase de tretas para arrojar de mi casa a este ser devoto, pero cuantos más esfuerzos se realicen para expulsarlo de aquí, con más fuerza deseo retenerlo. Y, para confundir el orgullo de mi familia, voy a apresurarme a hacerle entrega de mi hija.

DORINA.- ¡Pensáis obligarla a aceptar la mano de ese hombre!

ORGON.- Si, y esta misma noche. ¡Ah! Desde hoy os desafío a todos y os haré comprender quién es el amo y a quien se ha de obedecer en esta casa. Y ahora salir de este cuarto....no os quiero ver... **(Dorina sale y se choca con Elmira que estaba escuchando. Las dos salen).**

ESCENA CUARTA

(Orgón y Tartufo)

ORGON.- ¡Ofender así a una persona tan santa!

TARTUFO.- ¡Perdonadla, oh cielo, el pesar que me causa! **(A Orgón)** Si pudieseis saber con cuánto dolor veo que tratan de calumniarme ante mi hermano.

ORGON.- ¡Ay!

TARTUFO.- La sola idea de esa ingratitud produce en mi alma terrible suplicio. ¡Oh, que horror! Tengo tan oprimido el corazón, que ni puedo hablar, y presiento que eso me matará.

ORGÓN.- Tranquilizaos, hermano, y no os incomodéis.

TARTUFO.- Cesemos, cesemos esta lamentable situación. Veo los grandes disturbios que origino en esta casa y estimo necesario, hermano mío, que salga de ella.

ORGON.- ¿Cómo?

TARTUFO.- Se me aborrece, e intentan soliviantaros contra mí.

ORGÓN.- No os importe. ¿Veis acaso, que mi corazón les escuche?

TARTUFO.- Más no cejarán, y esos mismos relatos que rechazáis ahora, tal vez sean escuchados en otra ocasión.

ORGÓN.- No, hermano mío; jamás.

TARTUFO.- ¡Ah, hermano! Una mujer puede sorprender fácilmente el alma de su marido

ORGON.- No, no.

TARTUFO.- Permitid que, alejándome de aquí, les evite la ocasión de atacarme de ese modo.

ORGÓN.- No; continuareis aquí; me va en ello el honor.

TARTUFO.- Menester será que me sacrifique. No obstante, si queréis.

ORGON.- ¡Oh!

TARTUFO.- Sea; no hablemos más de ello. Más sé cómo conviene proceder en este asunto. El honor es cosa delicada, y la amistad me obliga a impedir los rumores y los motivos de sospechas rehuyendo la presencia de vuestra esposa y no viéndolos a vos.

ORGÓN.- No. Antes bien, veréis con frecuencia, pese a todos, que es mi mayor placer despechar a las gentes. Quiero que os vean constantemente con ella. Y no solo esto: para mejor desafiarles, voy al

instante a haceros donación de todos mis bienes. No quiero tener más heredero que vos, un amigo bueno y sincero, al que tomo por yerno, y que me es mucho más querido que hija, mujer y parientes. ¿Rehusareis lo que os propongo?

TARTUFO.- ¡Hágase en todo la voluntad divina. **(Se arrodilla y gira la cabeza al público sonriendo)**

ORGÓN.- (Santiguándose) ¡Pobre hombre! Me voy a redactar la escritura al instante. Y que ello haga estallar a la envidia en su despecho. **(Sale Orgón y una vez que este sale, Tartufo se levanta y sale, encontrándose en el camino con Dorina)**

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

(Dorina y Tartufo)

DORINA.- Os encuentro muy oportunamente, señor. Parece que os vais a salir victorioso. Tenéis al amo, comiendo en vuestra mano.

TARTUFO.- Quiero perdonar a todos los miembros de esta casa, y que el cielo os perdone también de los comentarios que hacéis sobre mi persona.

DORINA.- Dejad, dejad al cielo que cuide por sí mismo de sus perdones.

TARTUFO.- A vos, hija, también os perdono.

DORINA.- ¡Perdonarme de lo que vi y oí!

TARTUFO.- Sí, perdonarte.

DORINA.- Solo faltaría que el amo te deje la herencia. **(Tartufo afirma)** ¿También habéis conseguido eso? Y aceptáis unos caudales que el buen derecho os obliga a no aspirar.

TARTUFO.- Quienes me conocen no pensarán que ello sea efecto de un alma interesada. Todos los bienes de este mundo tienen para mi escaso valor, y su falso esplendor no me deslumbra. Si me acepto a aceptar esa donación que el padre ha querido hacerme, es sólo por impedir que esos bienes vayan a caer en malas manos y hallen gentes que al recibirlos en patrimonio hagan de ello un uso criminal, y no los empleen según me propongo yo, a la mayor gloria del cielo y en provecho del prójimo.

DORINA.- ¡Ah, señor! No tengáis tan escrupulosos temores, que pueden provocar las quejas de las legítimas herederas. Soportad, sin inquietaros tal decisión. ¿No sería preferible que, como hombre justo y discreto, os retiraseis honradamente de esta casa antes de tolerar, contra toda razón, que esta familia se quede sin nada de la fortuna del padre.

TARTUFO.- Ya es tarde, señora, un deber piadoso me requiere arriba, y sabréis disculparme por dejaros tan pronto. **(Tartufo sale de escena)**

DORINA.- ¡Oh! ¿Pero os vais? **(Queda sola)**

(Música)

ESCENA SEGUNDA

(Dorina – Elmira-Mariana reunidas y cuchicheando entre ellas. Entra Orgón)

ORGÓN.- ¡Vaya! ¡Mucho me alegra veros reunidos **(A Marina)** Traigo en este contrato algo que os hará reír, y ya sabéis a que me refiero.

MARIANA.- (Cayendo a los pies de Orgón) Padre mío: en nombre del cielo, que conoce mi dolor, y en nombre de todo lo que pueda conmover vuestro corazón, ceded un tanto en los derechos paternos y dispensad a mis deseos de esta obligación. No me reduzcáis, con tan dura ley, a tener que lamentarme ante el cielo de lo que os debo y no hagáis, padre mío, infortunada la vida que me habéis dado. Si contra una dulce esperanza que pude formarme, me prohibís ser de quien me atrevo a amar, salvadme, al menos, del tormento de ser de un hombre al que aborrezco y no me impulséis a cualquier acto desesperado, disponiendo de mi con todo vuestro poder.

ORGÓN.- (Sintiéndose enternecido) Vamos, ¡firmeza, corazón míos! ¡Nada de flaquezas humanas!

MARIANA.- No me apena vuestro afecto por ese hombre; demostradlo cuando queráis, dadle vuestro caudal, y si esto no bastare añadidle el mío entero; accedo a ello gustosa y os lo cedo; más no extendáis

esto a mi persona, y permitid que la austeridad de un convento consuma los tristes días que el cielo me ha concedido.

ORGÓN.- ¡Ved aquí qué religiosa estás, que solo lo son en cuanto un padre se opone a su pasión amorosa! Levantaros: cuanto más repugnancia sienta vuestro corazón en aceptarle, más mérito alcanzareis al hacerlo. Mortificad vuestros sentidos con ese matrimonio y no me deis más quebraderos de cabeza.

DORINA.- Pero, ¿Cómo...?

ORGÓN.- Vos, callad. Nadie pide vuestro parecer. Os prohíbo terminantemente que digáis una sola palabra.

DORINA.- Si consentís que os ayuden con un consejo...

ORGÓN.- Buenos son vuestros consejos, bien razonados están y les doy mucho valor, pero dispensad que no haga usos de ellos.

ELMIRA.- (A Orgón) Viendo lo que veo ya no sé que decir, y me mancilla vuestra ceguera. Es estar muy encaprichado, muy dispuesto a favor de tartufo, para desmentirnos lo que ha sucedido hoy.

ORGÓN.- Soy vuestro servidor y creo las apariencias. Conozco vuestras debilidades hacia mi hija y hacia vos. Estabas demasiado tranquila, en fin, para que se os creyera, de haber sido cierto, os habríais mostrado de muy distinto modo.

ELMIRA.- ¿Acaso la simple confesión de un arrebatado amoroso debe empañar nuestro honor de esa manera? ¿No puede replicarse a cuanto le concierne más que con fuego en los ojos e injurias en los labios? Por mi parte, me río lisa y llanamente de tales palabras, que no me gusta escándalo sobre ello. Prefiero que nos mostremos recatadas con dulzura, y no me inclino por esas gazmoñas ariscas cuyo honor está armado de uñas y dientes y quieren, a la menor palabra, desfigurar el prójimo. ¡El cielo me guarde de recato tal! Prefiero una virtud que no sea tarasca, y paréceme que la discreta frialdad de una repulsa no es menos eficaz para rechazar a un corazón.

ORGÓN.- En fin, conozco todo el asunto, y no me engaño.

ELMIRA.- Me asombra, repito, esa singular flaqueza; más ¿qué me diría vuestra incredulidad si yo os hiciese comprender que es verdad cuanto afirmo?

ORGÓN.- ¿Comprender?

ELMIRA.- Sí

ORGÓN.- ¡Fábulas!

ELMIRA.- ¿Y si encontrase manera de hacéroslo ver con toda claridad?

ORGÓN.- ¡Cuentos!

ELMIRA.- ¡Qué hombre! Contestadme, al menos. No digo que confiéis en nosotros, pero supongamos que desde un lugar oculto se os hiciese verlo y oírlo todo claramente. ¿Qué diríais entonces de vuestro hombre de bien?

ORGÓN.- En tal caso diría que...No, no diría nada, porque es imposible.

ELMIRA.- El error dura ya demasiado; hasta de acusar a mi boca de impostora. Es necesario que, sin más demora, seáis testigo de cuanto declaro.

ORGÓN.- Os tomo la palabra. Veremos vuestra habilidad y cómo os las arregláis para cumplir esa promesa.

ELMIRA.- (A Dorina) Hacedle venir.

DORINA.- (A Elmira) Su ánimo es astuto y acaso os resulte difícil sorprenderle.

ELMIRA.- (A Dorina) Siempre se es engañado fácilmente por lo que se ama, y el amor propio nos incita a engañarnos a nosotros mismos. Hacedle venir. Y vos, salid.

ESCENA TERCERA

(Elmira y Orgón)

ELMIRA.- Esconderos bajo esta mesa.

ORGÓN.- ¡Cómo!

ELMIRA.- Es necesario que os ocultéis bien.

ORGÓN.- ¿Por qué bajo esta mesa?

ELMIRA.- ¡Dios mío! Dejadme hacer; tengo una idea, y ya la juzgareis luego. Ocultos ahí, os digo, y cuando estéis debajo cuidado de que ni os vean ni os oigan.

ORGÓN.- Confieso que mi complacencia no es grande; más lo hago por ver como salís de esta empresa.

ELMIRA.- No tendréis, creo yo nada que reprocharme **(A Orgón, que está debajo de la mesa)** En todo caso, voy a realizar algo extraño y espero no os escandalicéis en modo alguno. Diga yo lo que sea, debe

serme permitido, pues lo hago para convenceros tal como prometí. Voy, por medio de dulzuras, y puesto que a ello se me obliga, a desenmascarar a esa alma hipócrita, voy a a soliviantar los deseos impúdicos de su amor y a dar campo libre a su osadía. Como es sólo por vos y para confundirle mejor, por lo que mi alma va a fingir que responde a sus deseos, yo cesaré en cuanto os deis por convencido, y las cosas no llegarán más que hasta donde queráis. A vos os corresponde detener su insensato ardor cuando creáis que el asunto ha llegado a su exacto límite, evitándome mayor sonrojo, y no exponiéndome más de lo preciso para convenceros. Son vuestros intereses; cuidadlos como dueño suyo, y...aquí llega....permaneced ahí y cuidad de que no os vea. **(Elmira se coloca de espaldas a la entrada de Tartufo, en posición provocativa.)**

(Música)

(Entra Tartufo)

TARTUFO.- Me han dicho que queráis hablarme en este lugar.

ELMIRA.- Sí He de revelaros unos secretos. Más mirad bien por prevenir sorpresas **(Tartufo mira entre las telas y vuelve)** Un suceso parecido al de hace un rato no es sin duda lo que nos conviene. Nunca se ha visto sorpresa semejante, y Dorina me ha causado por vos un gran espanto. Como visteis, hice toda clase de esfuerzos por desbaratar su propósito y apaciguar su cólera. Ciertamente que sentí tal turbación que no acepté a desmentirle; más gracias al cielo, todo ha terminado y las cosas quedan más seguras. El aprecio en que os tienen ha disipado la tormenta, y mi marido no tiene recelo alguno. Para mejor afrontar el escándalo de las opiniones malintencionadas, desea que vos y yo estemos juntos constantemente. Por eso puedo, sin temor a censuras, encontrarme aquí solo con vos, y ello me obliga a abriros un corazón tal vez demasiado inclinado a sufrir vuestro influjo.

TARTUFO.- (Tartufo está inquieto y observador) Ese lenguaje, señora, es bastante difícil de comprender, pues hace poco hablabais de muy distinta manera.

ELMIRA.- ¡Ah! **(Girándose y mostrando alguno de sus encantos)** Si os sentís enojado por aquella negativa, ¡qué mal conocéis el corazón de una mujer y qué poco sabéis lo que quiere dar a entender cuando tan débilmente resiste! Nuestro pudor lucha siempre en esos momentos contra los tiernos sentimientos que pueden atribuírsenos. Por firme que sea la razón en que fundemos el amor que nos domina, siempre se halla cierto rubor en confesarlo. Se defiende una de él al principio; más por la misma actitud que tomamos se revela tan bien que nuestro corazón se rinde, que sólo por honor se opone nuestra boca a nuestras ansias y que negativas tales lo prometen todo. Sin duda es ésta una confesión bastante libre y que tengo en poca consideración mi pudor. Más ya que en esto estamos, decidme: ¿Habría procurado yo retener a Dorina, habría escuchado con tanta dulzura la oferta de vuestro corazón, hubiese tomado la cosa como la tomé? Y cuando he querido yo misma inclinarme a renunciar al casamiento que acababa de anunciarse, ¿no os ha puesto de manifiesto esa solicitud el interés que os tengo y el pesar que habría de causar el que ese acordado enlace viniese, al menos, a repartir un corazón que alguien quiere entero para sí?

TARTUFO.- Es sin duda, señora, supremo goce oír tales palabras de una boca amada; su miel derrama en todos mis sentidos una dulzura nunca gustada. El placer de agradaros es mi único afán y mi corazón se extasía ante vuestros deseos. Pero este corazón os pide la libertad de osar dudar un tanto de su dicha y creer que esas palabras son un honesto ardid para forzarme a romper un enlace convenido. Y si he de hablaros con franqueza, no fiaré de tan dulces frases sin que algunos de esos vuestros favores, por los que tanto suspiro, vengán a confirmarme todo cuanto aquellas han podido decirme, implantando en mi alma una firme fe en las seductoras bondades que tenéis conmigo.

ELMIRA.- (Después de toser, para avisar a su marido) ¿Queréis ir tan súbito a agotar desde el primer instante la ternura de un corazón? ¿Me decido a haceros una confesión de las más dulces y ello no os basta? ¿No podéis daros por satisfecho sin llegar a los últimos favores?

TARTUFO.- Cuanto menos se merece un bien, menos se osa esperararlo. Nuestras ansias se conforman difícilmente sobre palabras. Se siente el natural recelo de suerte tan gloriosa y quiere una gozarla antes de creerla. Me considero tan poco merecedor de vuestras bondades, que dudo de la realización de mi temeridad, y nada creeré, pues, señora, mientras no halláis sabido persuadir a mi pasión con realidades.

ELMIRA.- ¡Dios mío! Vuestro amor procede como un verdadero tirano y deja a mi alma en extraño desorden. ¡Qué furioso imperio adquiere sobre los corazones y con qué violencia reclama lo que desea! ¿Cómo? ¿No es posible guardarse de vuestra persecución, y ni siquiera me dais tiempo a respirar? ¿Es

justo ejercer rigor tan extremado, exigir implacablemente las cosas que se piden, y abusar con vuestro apremiante esfuerzo de la flaqueza que por vos se tiene?

TARTUFO.- Si contempláis con ojos benignos mis homenajes, ¿por qué rehusar pruebas reales?

ELMIRA.- ¿Y cómo acceder a lo que queréis sin ofender al cielo, del que vos habláis sin cesar?

TARTUFO.- Si es sólo el cielo lo que se me opone, fácil cosa es para mí apartar tal obstáculo. No retenga eso a vuestro corazón.

ELMIRA.- ¡Tanto nos atemorizan con los decretos de la providencia!

TARTUFO.- Puedo desvanecer esos temores menudos, señora, que sé el arte de apartar tales escrúpulos. El cielo prohíbe, en verdad, ciertas satisfacciones, pero es posible avenirse con él. A medida de nuestras necesidades podemos ensanchar los lazos de nuestra conciencia y rectificar lo malo del acto con lo puro de la intención. Yo os daré a conocer esos secretos, señora. No tenéis sino que dejaros guiar. Satisfaced mi deseo y no sentáis temor, que yo respondo de todo y asumo la culpa entera. **(Elmira tose con más fuerza)**

TARTUFO.- Mucho toséis, señora.

ELMIRA.- Sí, este catarro me tortura mucho.

TARTUFO.- ¿Queréis un trozo de regaliz?

ELMIRA.- Es un catarro pertinaz y todos los regalices del mundo de nada me servirían.

TARTUFO.- Muy desagradable es eso.

ELMIRA.- Más de cuanto pueda decirse.

TARTUFO.- En fin: como os explicaba, vuestro escrúpulo es fácil de disipar. Podéis estar segura del pleno secreto, y el mal no consiste nunca sino en el escándalo que ocasiona. Sí; el escándalo social es el que produce la ofensa, y pecar en silencio no es pecar.

ELMIRA.- (Después de toser de nuevo y golpear la mesa) Ya veo que hay que decidirse a ceder, que debo otorgarlo todo y que, a no mediar esto, no me cabe persuadir. Penoso es, sin duda, llegar a tal extremo y muy a pesar mío traspasaré ese límite, más ya que os obstináis y deseáis testimonios más convincentes, menester es resolverse y contentar. Si mi consentimiento lleva en sí alguna ofensa, recaiga sobre quien me fuerza a tal violencia. La culpa, en verdad, no es mía.

TARTUFO.- Sí, señora, yo la asumo y la cosa en sí....

ELMIRA.- (Apartándole) Os lo ruego, mirad si no está mi marido en esa galería.

TARTUFO.- No hay necesidad de que os toméis por él ese cuidado. Es hombre, hablando entre nosotros, al que se le lleva como a un cordero. Se gloria de todas nuestras pláticas, y le he puesto en trance de verlo todo y de no creer nada.

ELMIRA.- No importa. Os ruego que salgáis un momento y miréis atentamente por todas partes.

(Tartufo se va)

ORGON.- (Saliendo de debajo de la mesa) ¿Vaya un hombre abominable! No salgo de mi asombro. Todo esto me abruma.

ELMIRA.- ¡Cómo! ¿Tan pronto salís? Os burláis, sin duda. Ea, volved a vuestro sitio, no es tiempo aún. Esperad hasta el final para ver con certeza y no os fieis de meras conjeturas.

ORGÓN.- No, nada peor ha salido del infierno.

ELMIRA.- ¡Dios mío! No se debe creer demasiado a la ligera. Convenceros bien antes de rendiros; no os apresuréis, no vayáis a errar **(Elmira hace que Orgón se coloque detrás de ella. Abre el vestido dejando sus encantos al descubierto y a Orgón cubierto)**

TARTUFO.- Todo, señora, conspira a favor de mí.....dicha. He registrado toda esta estancia; nadie hay en ella. Mi alma, en éxtasis....**(Avanza tartufo con los brazos abiertos para abrazar a Elmira. Esta se retira y aparece Orgón)**

ORGON.- (Deteniendo a Tartufo) ¡Más despacio! Os dejáis arrastrar con exceso por vuestra amorosa ansia y no debéis apasionaros tanto. ¡Ah, ah! Queríais engañarme, ¿Eh, hombre de bien? Cómo se libra vuestra alma de las tentaciones! Queréis desposar a mi hija y codiciáis a mi esposa. He dudado mucho tiempo que ello fuese cierto, pero no es preciso llevar la prueba más adelante; me atengo a ella, y con esto basta.

ELMIRA.- (A Tartufo) He hecho todo esto contra mi voluntad; pero me han puesto en el trance de trataros así.

ORGON.- (A Tartufo) Vamos, no arméis escándalo, os lo ruego, y marchad pronto de aquí, sin más ceremonias.

TARTUFO.- Mi intención...

ORGÓN.- Todos esos discursos no vienen ya a cuento. Hay que marcharse de esta casa, y pronto.

TARTUFO.- Vos, que habláis como dueño, sois el que habréis de salir. La casa me pertenece, como lo haré conocer, y os demostraré que en vano se ha recurrido a estos civiles subterfugios para buscarme polémica. Porque nada conseguiréis injuriándome, y tengo medios con que castigar la impostura, vengar al cielo injuriando y hacer que se arrepientan aquellos que quieren ahora hacerme salir de aquí. **(Sale de escena)**

ESCENA CUARTA

(Elmira y Orgón)

ELMIRA.- ¿Qué lenguaje es ése y qué quiere decir ese hombre?

ORGÓN.- Estoy confuso, a fe mía, y no es caso de bromear.

ELMIRA.- ¡Cómo!

ORGÓN.- Reconozco mi torpeza en lo que hice. La donación turba mi ánimo...

ELMIRA.- ¿La donación?

ORGÓN.- Sí. Es asunto hecho. Más tengo aún otra cosa que me inquieta.

ELMIRA.- ¿El qué?

ORGÓN.- Ya lo sabréis. Pero vemos ante todo si sigue ahí arriba cierta arqueta.....

(MÚSICA)

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

(Orgón y Dorina)

ORGÓN.- ¡Ay, Dorina que razón tenías!

DORINA.- Ya no son horas de lamentaciones. ¿Dónde pensáis acudir?

ORGÓN.- (Pasea nervioso) ¡Ay! ¿Qué se yo?

DORINA.- Me parece que debemos empezar por considerar juntos las cosas que cabe hacer en este caso.

ORGÓN.- La arqueta me tiene muy preocupado. Me inquieta más que todo lo demás.

DORINA.- ¿Esa arqueta encierra, pues, tan importante misterio?

ORGÓN.- Es un deposito que Argas, ese amigo a quien compadezco, me confió por sí mismo con gran secreto al huir, eligiéndome a mí para guardarla porque, según dijo, contiene unos papeles que afectan a su vida y su fortuna.

DORINA.- ¿Y por qué los trasladasteis a otras manos?

ORGÓN.- Fue motivo de caso de conciencia. Inmediatamente hice confidencia del asunto a ese traidor, y sus razones me persuadieron de que era conveniente le diese la arqueta para guardarla, a fin de que, en caso de investigación, tuviese yo un subterfugio, merced al cual mi conciencia pudiera, con plena seguridad, formular juramento contra la verdad.

DORINA.- Mal os veo, a juzgar por las apariencias. La donación y esa confidencia son, a mi juicio, pasos que habéis dado con excesiva ligereza. Con semejantes prendas en su poder, puede ese hombre llevaros muy lejos, y teniendo sobre vos estas ventajas, atacarle es también gran imprudencia. Deberíais buscar algún medio más suave.

ORGÓN.- ¿Cómo? ¡Que bajo la hermosa apariencia de un fervor tan impresionante se oculte un corazón tan falso, un alma tan pérfida! ¡Y yo que le recibí, andrajoso y sin nada...! Se acabó; renuncio a todos los hombres de bien, hacia los cuales sentiré, en adelante, un horror espantoso y voy a ser para ellos peor que el diablo.

DORINA.- ¡Qué arrebatos los vuestros! No tenéis en ningún aprecio a los temperamentos nobles. Vuestra razón no se atiende jamás en lo justo y siempre vais de un exceso a otro. Habéis visto vuestro error y conocido que un falso fervor os ha engañado; más para corregiros, ¿Qué motivos os obliga a caer en otro error, más grande aún y a confundir el corazón de un redomado perfilo con los corazones de toda la gente de bien? Porque un bribón os defraude audazmente con el falso espejuelo de una faz austera, ¿queréis que todos sean como él y que no exista hoy ningún verdadero devoto? Dejad a los libertinos esas necias consecuencias, no confundáis la virtud con las apariencias de la virtud; no

arriesguéis nunca vuestro aprecio con excesiva premura, y manteneos para eso en el justo medio. Libraos, si es posible de honrar la impostura; más no por ello ofendáis al verdadero fervor y, caso de caer en algún extremo inclinaos más bien de ese otro lado.

ESCENA SEGUNDA

(Entran Madame Pernelle, Elmira y Mariana)

MADAME PERNELLE.- ¿Qué es eso? ¡Acabo de enterarme de horribles secretos!

ORGÓN.- Son novedades que atestiguan mis ojos, y ya veis el precio con que se pagan mis cuidados. Recojo a un hombre en la miseria, le albergo y tengo como mi propio hermano, le colmo todos los días de beneficios, le doy a mi hija y todo mi caudal, y el malvado, el infame, concibe el negro designio de seducir a mi mujer. Y, no contento aún con tan cobardes vilezas, osa amenazarme con mis propios beneficios y quiere, para arruinarme, emplear las ventajas de que le han provisto mis imprudentes bondades. Pues piensa, en verdad, privarme de los bienes que le he trasferido y reducirme a la **miserable condición de que yo le retiré.**

MADAME PERNELLE.- Hijo mío, no puedo creer en modo alguno, que haya intentado cometer tan negra acción.

ORGÓN.- ¿Cómo?

MADAME PERNELLE.- Las gentes de bien son siempre envidiadas.

ORGÓN.- ¿Qué queréis decir, madre, con esas palabras?

MADAME PERNELLE.- Quiero decir que en vuestra casa se vive de modo singular, y bien sabemos el odio que a tartufo le profesan.

ORGÓN.- ¿Qué tiene que ver ese odio con lo que acabo de referiros?

MADAME PERNELLE.- Cien veces os dije, cuando erais niño, que en este mundo la virtud es siempre perseguida. Morirán los envidiosos, pero la envidia jamás.

ORGÓN.- Más...¿Qué relación guardan esas razones con las cosas actuales?

MADAME PERNELLE.- Os habrán inventado cien cuentos necios a propósito de Tartufo.

ORGÓN.- Repito que lo he visto todo por mí mismo.

MADAME PERNELLE.- La malicia de las almas malintencionadas es extrema.

ORGÓN.- Me haréis perder el tino, madre mía. Os digo que he visto con mis propios ojos tan osado crimen.

MADAME PERNELLE.- Las lenguas tienen siempre veneno que soltar, y no hay nada en este mundo que pueda defenderse de ello.

ORGÓN.- ¡Eso es algo que no tiene sentido! Lo he visto, lo he visto; os digo que lo he visto con mis propios ojos, lo que se llama verlo. ¿Tendré que repetíroslo cien veces al oído y gritar como cuatro?

MADAME PERNELLE.- ¡Dios mío! A menudo las apariencias engañan y no siempre hay que juzgar por lo que se ve.

ORGÓN.- ¡Me ahoga la rabia!

MADAME PERNELLE.- La naturaleza es propensa a las sospechas falsas y muy a menudo se interpreta el bien torcidamente.

ORGÓN.- ¿Debo considerar como una solicitud piadosa el deseo de abrazar a mi mujer?

MADAME PERNELLE.- Para acusar a las gentes es preciso tener justos motivos, y deberíais esperar a tener seguridad en las cosas.

ORGÓN.- ¡Ahhh, diantre! ¿Qué medio tengo para asegurarme mejor? ¿Debí entonces, madre mía, esperar a que ante mis ojos él.....? Haréis que diga alguna tontería.

MADAME PERNELLE.- En fin: se ve su alma llena de purísimo celo; no puedo creer en modo alguno que haya intentado las cosas que dicen.

ORGÓN.- ¡No sé lo que os contestaría si no fuerais mi madre! ¿Tan irritado estoy...!

DORINA.- (A Orgón) Justa compensación, señor, a lo que pasaba aquí: no queríais creer y no se os cree. Estamos perdiendo, en vanas disquisiciones, el tiempo que habría que emplear en adoptar medidas. No hay que dormirse ante las amenazas del truhán. No os debéis de fiar. El buscará subterfugios para justificar sus esfuerzos contra vosotros; y, por menos de eso, el peso de una intriga enreda a la gente en un complicado laberinto. Os repito que, poseyendo lo que en su favor posee, no debierais llevar el asunto hasta ese extremo.

ORGÓN.- Cierto. Pero ¿Qué queréis? Ante el orgullo de ese traidor no he podido reprimir mi cólera.

Dorina.- Yo desearía, de todo corazón, que pudieran restablecerse entre toda la familia los lazos de una paz.

ELMIRA.- De haber sabido que tartufo disponía de tales armas, no hubiese dado yo motivos a estas inquietudes, y mis...**(Suenan unos golpes en la puerta y Dorina acude a ver qué pasa)**

ORGÓN.- ¿Qué son esos golpes? ¡Id a informaros! ¡En buen estado me hallo para visitas!

(Entra Dorina con una carta en la mano que se la da a Orgón. Este la lee)

ORGÓN.- ¡Oh, maldición! Esta carta es un requerimiento, una orden para que yo y los míos desalojemos esta casa, llevándonos nuestros muebles, dejando sitio para otros, y eso es menester que se haga sin dilación ni aplazamiento alguno.

ELMIRA.- ¿Salir yo de mi casa? **(Coge la carta)**

(La carta la lee ahora Dorina)

DORINA.- La casa ahora, como dice esta carta, pertenece incuestionablemente al bondadoso señor Tartufo, quien es de vuestros bienes dueño y señor en virtud de un contrato del que es portador.

ORGÓN.- ¿Puede haber algo peor que obligar a la gente a desalojar su propia casa? ¿A Desahuciarla!. Daria yo ahora mismo los cien luises más hermosos que me quedan con tal de descargar en los morros de Tartufo el mayor puñetazo que pueda darse. Que el cielo confunda a Tartufo. ¿Qué? Ya veis madre, si yo tenía razón para lamentarme. Por esta hazaña, juzgad el resto. ¿Quedáis convencidas de sus felonías?

MADAME PERNELLE.- Me he quedado pasmada y paréceme haber caído de las nubes.

DORINA.- (A Orgón) Hacéis mal en quejaros y censurar a Tartufo; pues todo esto sólo confirma sus piadosos deseos, y sabed que su virtud se consume en el amor que del prójimo tiene. Bien sabe que, con gran frecuencia, las riquezas corrompen al hombre, y quiere, por pura caridad, privaros de cuanto pueda oponerse a vuestra salvación.

ORGÓN.- Callaos. Esta es la única cosa que hay que deciros siempre.

ELMIRA.- Ha de ponerse en evidencia la audacia del ingrato, porque este comportamiento anula la validez del convenio y la deslealtad de Tartufo va a mostrarse harto negra para tolerar que obtenga el éxito ansiado.

(Entra Valerio)

VALERIO.- Lamento, señor, venir a afligiros, más a ello me obliga un riesgo inminente. Un amigo, unido a mí por muy tierna amistad y que sabe el interés que me merecéis, ha dado en mi favor el delicado paso de violar el secreto debido a los asuntos de Estado, y acaba de enviarme un aviso cuyas resultas os obligan a emprender inmediatamente huida. El truhan que durante tanto tiempo ha podido embaucaros, os ha delatado ante el soberano hace una hora, entregando en sus manos la importante arqueta de un reo del estado, cuyo secreto culpable habéis ocultado, con desprecio, según ese hombre, del deber de todo súbdito. Ignoro los pormenores del delito que se os atribuye, más se ha dado una orden contra vuestra persona; y él mismo está encargado, para su mejor ejecución, de deteneros.

ORGÓN.- ¡El hombre, preciso es declararlo, es un animal perverso!

VALERIO.- La menor dilación puede seros fatal. Tengo mi carroza a la puerta, para llevaros, y aquí os traigo mil luises. No perdamos tiempo; el ataque ha de ser fulminante, y es uno de esos golpes que solo huyendo se rechazan. Me ofrezco a llevaros a un lugar seguro y quiero acompañaros hasta el final en vuestra fuga.

ORGÓN.- ¡Ohm, y qué no deberé yo a vuestros solícitos cuidados! Hora llegará de poder agradecéroslo, y pido al cielo que me sea lo bastante propicio para pagar algún día este generoso servicio. Adiós, todos; cuidad vosotros de...

ELMIRA.- Marchad pronto. Nosotros procuraremos, querido marido, hacer lo necesario para detenerles....

(La luz se va concentrando en Dorina)

ESCENA TERCERA

DORINA.- Mi amo, se marchó lejos, hasta que nuestro rey se dio cuenta de quién era Tartufo. Menos mal que vivimos bajo el signo de un monarca enemigo del fraude; de un príncipe cuyos ojos leen en los corazones y a quien no engaña el arte de los impostores. Este lance no podía sorprender al príncipe, que de más hábiles engaños se le ha visto triunfar. Penetro con viva sagacidad conociendo todas las vilezas ocultas en el corazón de ese hombre. Al ir a acusar a mi amo, él mismo ha delatado su culpa, y por un justo acto de la equidad suprema se ha revelado al príncipe como un conocido bellaco, del que mi señor

tenía ya noticias bajo otro nombre. Una larga relación de negras acciones que podrían formar varios volúmenes de fechorías. A mi amo le es perdonada finalmente, la ofensa secreta en que le hizo incurrir la huida de un amigo; y este es el premio que otorga el monarca al celo que mi amo hizo antaño, mostrando así que el corazón del príncipe, cuando menos se espera, recompensa las buenas acciones; que nunca el mérito con él pierde nada, y que más que de lo malo se acuerda siempre de lo bueno.

(Pausa)

“Como ustedes saben, el autor de esta obra, Moliere, padecía una afección pectoral, probablemente Tuberculosis, que fue la causa de su temprana muerte a los 51 años. Murió el 17 de febrero de 1673, durante la representación de EL ENFERMO IMAGINARIO, sufrió un desvanecimiento, en la misma escena, y aunque todavía pudo continuar la función, fallecía pocas horas después en su propia casa. La familia hubo de implorar al rey permiso para enterrarle en tierra sagrada, pues los comediantes no podían ser enterrados en campo sagrado. El permiso fue dado, pero el entierro se tuvo que hacer de noche”.

(Pausa y dirigiéndose al público)

¿Les gusta este final? A mí la verdad es que no. Preferiría que la hipocresía desapareciera, se muriera, se la matara..... ¿Qué me dicen?

(Pausa)

¡Qué entre la Hipocresía!

(Música)

(Entra Tartufo. Los demás actores le observan en la escena. Dorina saca una pistola y le dispara.

(Tartufo cae al suelo)

¡Ahora sí!

FINAL

